

La cola afable y los bigotes desnudos

The cat's tail and whiskers

Daniel Gibran Castillo Molina.

El Colegio de Michoacán

Estudiante del programa doctoral del Centro de Estudios de las Tradiciones.

Maestro en Ciencias con Especialidad en Investigaciones Educativas y licenciado en Historia.

simpatiaazul@hotmail.com

El viento la trajo aquí y no sus anhelos. Los senderos intransitables repletos de enramadas entretejidas llenas de espinas rodeaban el camino que finalizaba en unos cuantos caseríos donde ya no moraba la esperanza. Las últimas promesas de la bonanza se apagaban como el fulgor de una vela casi finiquitada por la última expiración de aire.

En ese remanso vivían las personas que cavaban sus últimas voluntades humanas y las exhalaciones se incrustaban en el aire como las pesadillas de los que viven aquí. La penumbra escabrosa era impenetrable, hacía que uno pensara que ella no veía más allá del valle estéril contorneado de enclaves de gran altitud. Las altas montañas eran como puntos desasosiegos que nos vigilan; así pues, ellas conocen nuestras vidas, faltas y benevolencias. El enclave se rodeaba de naturaleza húmeda, la lluvia tenía consigo un fuerte chasquido y las gotas caían de forma estrépita lo que ocasionaba que hasta el animal más fuerte tuviera turbación por la inmensa precipitación que caía sobre la noche fría.

La niebla descendía sobre el relieve incólume cuando ella se encaminó hasta el último reducto de la civilización. Vino porque se le debe algo y debe ser pagado: no son nuestros deseos ni redenciones que tanto aguardamos en nuestra vacua alma. Sabemos que llegó, porque el cantar de los pájaros ya feneció y las reverberaciones de los sapos ya no se escuchan; sin embargo, son los murmullos de las personas, afuera de la habitación, que inundan nuestros arrojos y nuestras lágrimas que ya se secaron por ella.

—Mi amada ama, ¿qué podré hacer yo por ella? Miro el contorno de la que se alimenta del último suspiro y nos lleva hasta un espacio donde ya no se escucharán los sollozos de nuestro espíritu. Yo sé que ella ya está aquí: las piedras de los almagres de la tierra ya no arden ni las flores respiran.

El bosque inmenso que oculta unas cuantas alquerías de madera por donde sale el humo de las hogueras está rodeado de rezos, pinos, oyameles y niebla acompañados de puras exhalaciones marchitas. Ellas empapan el rocío de la infinita oscuridad que cubre



nuestro paisaje bucólico, infecundo lugar que ciega nuestro devenir, pero que no ocasionó que ella se extraviara en este yermo desolador; solo el susurro de nuestras lágrimas y nuestras voces es lo más que podemos distinguir como un último recogimiento mortal de agonía. Allá arriba, entre las cuevas, fue donde yo crecí. La luz irradió mis pupilas por primera vez cuando escuché a mi madre y las teas de mi vida quedaron encendidas. No fue felicidad porque mi madre me abandonó en la oquedad. La oscuridad del valle rodeado de montañas hizo que mi vida se convirtiera como un baluarte custodiado de mis anhelos. Las piedras mojadas fueron mi primera guarida del eterno frío. Fueron todas las faltas de los humanos los que hicieron que se ocultara el sol, se desvaneció enfrente de nuestros ojos porque hoy ya no lo vemos; es así, que quedamos en la penumbra por culpa de las ofensas cometidas.

Aquí se disipó la alegría y hoy vivimos en la total oscuridad abrigada de una incalculable bruma. Ella vino. Es paciente, sutil y aguarda ahí al lado de la cama. Es un cuartucho alumbrado con lámparas, una chimenea nutrida de un blandengue fuego. El sonido de las gotas de la lluvia es fuerte, reposan y caen desde lo alto, pero no es lo único que perturba el silencio, sino el desconsuelo, el dolor del cuerpo de mi ama que ya solo la esperaba. Su cara es exánime, ella ya no tiene rostro, pero me pregunto ¿Quién me va a alimentar?, ¿quién me va a cepillar? No puedo dejar que fallezca, debo pensar para que no se vaya de mi lado.

Ayer se miraba ese bosque sin color, cubierto por neblinas sombrías. Es un páramo tenebroso. La melancolía reina e inunda los rincones de las pocas vidas que existen en este paisaje. El dolor aquí ya es interminable, pinta bien porque las brasas encandecidas es lo único bueno del eterno invierno. Las estrellas no se miran, ya no destellan porque no se deja ver el cielo. En esa chimenea brotan las ilusiones como chispas de fuego.

Así emergió mi esperanza cuando mi ama apareció en mi vida y me rescató de ese infecundo lugar donde mi aliento se acabaría sin ninguna proeza. Me preguntaba, - ¿por qué debo morir así? Fue cuando llegó mi ama y me devolvió la vida, ella era joven. La conozco tan bien que parezco su espejo, todo aquello que refleja su vida. La entiendo; yo he vivido con ella. Estoy inmensamente agradecido con la vida y con mi ama. A pesar de vivir en este rumbo desdichado y convivir con taciturnos, me alegra la vida. Por eso tengo que pagarle a mi amada por todo aquello que ha hecho por mí.

Aquella sombra ínfima indescriptible parece estar aislada de nuestras realidades, solo ella se atrevió a venir aquí, a esta villa pérdida en este yermo de árboles que emanan



del suelo como estacas y donde nadie visita. La lluvia es espesa y choca entre los estrechos y caminos pedregosos, los arrieros se pierden por la espesura de las hojas verdes de este eterno invierno. Nadie viene aquí, pero ella sí vino, porque mi ama vive en su última desesperanza.

Recuerdo que durante las frías noches contemplaba el horizonte como si algo me advirtiera que ya estaba en sus últimas agonías. Esos ojos color miel representan mi vida, su mirada profunda va de la mano con su cabello rizado color dorado que se ha pintado de blanco; es hermosa, como son sus labios carmesíes, hoy ya viejos, poco delineados, secos y opacos. Sus cuidados son como era su piel tersa y nívea. Mi ama viste hoy de negro porque siente que son los últimos días de su vida, pero yo estoy a su lado, no puedo regalarle las siete vidas que dicen que tenemos. Su mirada ya está cansada y su piel atezada cubre todas sus penurias de la larga vida. El largo frenesí de su existencia es como su alma incólume. Por eso debo protegerla, mientras ella no aprecie la lejanía. Ella ya está aquí.

Mientras la muerte vigila los últimos suspiros de mi amada ama, recuerdo el sueño que tuve ayer. Una casa diseñada como una fortaleza de difícil acceso; en la cima había una explanada enorme con paredones de piedra. En esas rocas existía un pequeño espacio donde podían caber algunos mensajes contorneados en hojitas de papel para pedir deseos. Existía un sendero rodeado de ríos de fuego a los que se podía bajar con penurias ásperas y difíciles de discernir. Más allá, se perdía la luz en las escarpadas colinas bordeadas hasta las alturas por unas nubes azules. Es así como esas grandes elevaciones lacónicas tocaban el cielo. De pronto desperté, entonces me dije que, si mi ama va a morir, yo debo pedir un deseo para que ella se mantenga viva y no mueran sus pensamientos. Yo no tengo nombre, nunca lo tuve porque solo era un animal que vigilaba sus sueños. Cuando era pequeño solía acurrucarme en su pecho, maullaba y jugaba con sus fuertes brazos.

Yo recuerdo que las hojas revoloteaban por los aires y pintaban los caminos empedrados en otoño, teñían la tenue luz de intensos colores. Las mujeres de aquí mantienen sus esperanzas y desconsuelos mirando el tiempo que es su fiel compañero. Los hombres se fueron, ya solo quedan los ancianos como mi ama. Ellos no se atreven a mirarme, ellos huelen a tierra mojada y su esencia es la vida inmunda llena de rencores, no huelen a naturaleza. A mí desde pequeño me enseñaron a comportarme, a escuchar los leves susurros del viento y disfrutar del fuego de la chimenea y mirar el espeso humo que sale de ella.



Lo que más me gusta desde pequeño es divertirme en las fuentes naturales de agua que transitan este yermo. El clima es frío, existe un eterno invierno, pero fría no es mi vida porque yo soy agradecido de estar todas las noches bajo el fuego. La gente de aquí ya no vive ni de sus ilusiones, no entiendo a los humanos tan pobres de fe, alimentándose de utopías y cuentos irreales.

Antes mi ama me cantaba mientras tejía vestida en una silla de madera, el olor a café y bombones inundaban nuestro hogar. Ella me cargaba y demostraba amor, por eso también quiero a los humanos, porque a pesar de sus quimeras siguen creyendo en sí mismos y portan una refulgencia de pasión que inunda nuestros corazones animales. Mi ama me relataba mundos extraños y sitios con seres inenarrables que alimentaban mi fantasía. Recuerdo todo aquello que mi ama me decía cuando ella aún no enfermaba. Por eso estoy acompañándola en el regazo de su cama porque no quiero que se vaya con la que vino a visitarla.

Otro recuerdo me inunda, los colibríes chupaban el alimento de las flores, se nutren de ese polen que da vida. Por eso yo recuerdo que el amor de mi ama me alimentó el alma. El otro animal con el que convivo es afecto a la obediencia y al trabajo, es un perro orejudo de largas melenas. Dicen que un día llegó, antes de que yo existiera y él fue la alegría del amo. El día de hoy ya está viejo, ya no camina y solo vive por vivir. Debo confesar que me exaspera, por eso ya no le hago caso, sus ladridos tan tenues ya no me asustan. Esos perros y esos humanos tienen algo que yo necesito, por eso sigo pensando en salvarlos, pero ya recordé que de nada sirven mis siete vidas.

El preludio de la desgracia se acerca. Todo aquello que yo soñaba y anhelaba se va a terminar y no quiero acabar siendo dócil, amable y longevo como los perros. Las abejas siempre están escondidas, bajo las flores, se ocupan de la miel que comemos, tejen sobre sus remansos el alimento que consumimos todos los días, su traje negro con amarillo no tiene muchos adornos. Otras son las hormigas, parecen bolitas de color café que caminan, se gastan mucho tiempo en buscarse la comida, tienen mucha fortaleza, por eso las admiro, lo mismo en el eterno invierno y en el somero verano, ellas trabajan. Antes decían que había otros animales que conocían muchas latitudes, que nada les hacían los fríos ni las fiebres, eran fuertes porque nada los diezmaba.

Luego pienso, cómo odio estas veredas rectas anchas pedregosas, este crudo invierno, acaso existirá en un mapa la villa cubierta de ramaje y de eterna neblina. Yo vivo de mis recuerdos, de las memorias de mi amada perdida. Ya los faroles no alumbran

la oscuridad ni la fuente de cantera rosa está llena de agua; pero sí, todavía queda fe ataviada de virtud para salvar a mi ama de lo funesto.

Las zozobras quedaran para después, ya estoy despierto otra vez y dejo de lado mis recuerdos y palabrerías, estoy listo y preparado para hacerle frente a ella, la que vino por mi ama. Al final de cuentas yo sólo soy un animal que fantasea, que no piensa ni tiene razón. No tiene creencias añejas y no vive en este mundo con preocupación. Yo no tengo nombres, soy el último remanso vivo y de felicidad que sólo tiene algo que dar para vencer el abatimiento. Su mirada decía cosas inefables, ella se había colocado a lado de la cama de mi ama como una sombra insidiosa. Cualquiera humano que la viera estaría atemorizado, pero ellos no pueden verla, solo nosotros los animales. En los ojos de mi amada veía que no quería irse a pesar del letargo de su devenir, de los achaques de sus enfermedades. Sin sobresaltos, pensaba en cómo ayudarla para que le dieran unos meses más de vida y disfrutar con ella cada sensación y suspiro. Sabía que la luz de las estrellas se apagaría, que la neblina se volvería más espesa, negra como el alma de muchos humanos. Me pregunté por qué mi ama, si ella siempre ha sido buena con las personas y con todos los seres. La vida no es justa en este yermo desolador.

—¿Me escuchas? ¿puedes oírme?

—Claro que te veo, eres un gato que no se separa de su ama. Disfruta, porque ya me la voy a llevar; la luz de su vela ha llegado a su fin.

—¿Qué ha hecho ella para tal suerte? Sólo es mi ama.

—Es la ley de la vida mi querido amigo. Ya te lo dije no existe nada que puedas hacer. Vive tu vida con otras personas y déjame hacer mi trabajo.

—Pero sé que hay algo que puedo hacer por ella. ¿Por qué no te llevas una de mis vidas? Te regaló seis, si gustas. Yo estoy agradecido con mi ama. ¿Sabes? ella me rescató, me dio cobijo, me alimentó; no es justo que quieras llevártela hoy. Todavía me la puedes dejar unos poco más. Yo sé que voy a morir en unos meses, mi instinto animal me lo predice, entonces sí podrás disponer de su alma, ¿Cómo vez si hacemos ese trato?

—Es inútil; la luz de su vela ya llegó a su fin. ¿No te das cuenta que así es la vida y la muerte? Todos los humanos nacen y tienen que morir. A mí no me importa la relación o el afecto que tengas con esta mujer.

Mi ama estaba postrada en la cama, con sus ojos medio abiertos, pero yo sabía que quería vivir. Tenía un gaban azul que le cubría desde el cuello hasta los pies, las boronas roídas del pan que había cenado la noche anterior adornaban la cama grande de madera. Su cuarto estaba lleno de crucifijos, cuadros de paisajes bucólicos y figuras de porcelana

con sonrisas trazadas. Estaba medio oscuro, casi no se veía, pero yo puedo ver a través de la oscuridad y no quería irme hasta salvar la vida de mi amada.

—¿Sabes? Te puedo hacer una propuesta; si tú cuentas el número de pelos que hay desde la punta de mi cola hasta el extremo de mi cabeza te la puedes llevar. ¿Acaso no puedes? ¿O te da miedo?

—Claro que no, gato inmundo. Estás tocando lo más profundo de mi orgullo. Eso es cosa fácil para mí. Contarte todos los pelos de tu cola hasta la cabeza.

—Bueno, hagámoslo. Inicia.

Entonces me coloqué delante de ella, atrás mi ama convaleciente, y comenzó a contar uno a uno cada uno de mis pelos desde mi cola, pero no contaba con mi habilidad. Cada que llegaba a la mitad, yo me retorcí como si me echaran un balde de agua y perdía la cuenta.

—No hagas trampa, gato infeliz. Me haces perder la cuenta. Iniciaré de nuevo. Y ahí estaba ella, contando pelo por pelo. La dejé llegar más lejos para que no sospechara, una vez más me retorcí y perdió la cuenta.

—Te digo, maldito animal, me haces perder la cuenta. Si te vuelves a mover agarro y me llevo a tu ama sin preguntar nada.

—Mientras ella contaba una vez más, yo le pregunté cuál es el significado de la vida.

—La vida tiene significado para quien la vive. Cada ser humano piensa y actúa de maneras diversas, entonces no existe el significado de la vida. Todo esto lo decía mientras avanzaba y no perdía la cifra de mis pelos.

Sabía que no podía ya moverme, así que le pregunté si los animales también se van a un plano terrenal distinto. Ella me contestó que sí, que existen diversas latitudes dependiendo del ser. Entonces la criada Lencha abrió la puerta para vigilar que todo estuviera bien con mi ama.

—Hace mucho frío aquí, abríguese señora mía- ocasionando que una vez más me moviera y la muerte perdiera la cuenta de los pelos desde mi cola hasta mi cabeza.

—Tú ganas, maldito gato; ya veo que amas a tu ama. La dejaré vivir unos meses más porque tú sabes que ya mero te toca, ¿verdad?

—Tan agradecido contigo. Vete con cuidado, aquí te esperamos.

Entonces ella se fue y regresó unos meses después para llevarnos juntos eternamente.